

# América Latina: la nación desde la regionalidad

Ivette García González

*Profesora. Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García (ISRI).*

Generalmente, tanto la nación como la identidad son procesos y resultantes, que en América Latina suelen presentarse como concluidos, caóticos u homogéneos, a partir de estereotipos emanados de una perspectiva capitalina, la que invariablemente excluye el peso y el diferente nivel de conflictividad que a ambos le imprimen la regionalidad, la identidad regional y el regionalismo, como precedentes históricos en la formación de la nación, y de una trascendencia que perdura, hasta volverlos particularmente complicados en la actualidad.<sup>1</sup>

Sin embargo, como expresa Alejandro Serrano, la única forma de participar, sin destruir todo signo de identidad, en el proceso de globalización y transnacionalización —que se vive de manera acelerada a escala planetaria, desde la década de los 80 del siglo xx— «es reafirmando la nación como realidad histórica y como conciencia colectiva».<sup>2</sup> Desde este presupuesto, la regionalidad, el regionalismo y la identidad de ámbito subnacional, representan desafíos para las naciones latinoamericanas, pues constituyen problemáticas no resueltas por los proyectos y Estados nacionales, en la mayoría de los países.

La solución al referido conflicto secular debe llevar implícita la convicción de que la democracia, el respeto a la pluralidad, la solución equilibrada y jerarquizada de las diferencias regionales y el fomento de la solidaridad entre las sociedades regionales respectivas, deben ir acompañados de la aceptación de esa diversidad intranacional, como potencialidades de un proyecto nacional y latinoamericano alternativo al vigente.

La complejidad del mundo actual y el desarrollo de las ciencias sociales reclaman esa nueva visión. Por ello, partiendo de la trascendencia que hoy tienen los fenómenos y procesos globales, así como de su expresión en el escenario latinoamericano, se aboga por un replanteamiento de los estudios regionales y de la cuestión nacional en América Latina y el Caribe, como paso preliminar ineludible para optar por variables de participación «no subordinada» en el proceso de globalización.

De manera general, al proceso transnacionalizador corresponden cualidades como el intenso comercio intraindustrial, la pérdida del referente nacional de los espacios económicos y la creación de redes que unifican mercados, sectores, empresas y regiones. Ello provoca

una especie de fragmentación funcional de las economías nacionales y de sus regiones. Consecuencias inevitables son las contradicciones entre la operación global de los mercados y las condiciones productivas de las regiones internas a escala nacional, toda vez que las fuerzas de integración entre países y las que provocan una mayor integración interna de las regiones subnacionales no son necesariamente las mismas.

En la mayoría de los casos, la regionalidad dentro de las naciones no ha sido suficientemente atendida por los Estados nacionales desde su formación, a pesar de la fórmula federal de organización estatal, por ejemplo, que pretendía articularla armónicamente en determinados países. Hoy este problema resulta más agudo e impone una crisis, posiblemente en mayor medida, a quienes optaron por el federalismo.<sup>3</sup> En la actualidad los pueblos y Estados nacionales latinoamericanos son aún más vulnerables a las implicaciones que trae la actual tendencia globalizadora.

Los liderazgos nacionales, de corte neoliberal, son cada vez más incapaces de enfrentar dicha problemática, y tampoco este es un asunto que preocupa a los agentes occidentales de la transnacionalización, sino más bien les resulta conveniente. Coincidiendo con Manuel Castells, se puede afirmar que los Estados nacionales se encuentran actualmente en una especie de permanente tensión interna, por la contradicción presente entre su participación en el proceso globalizador y la legitimación que requieren a escala de las respectivas sociedades nacionales.<sup>4</sup>

Las interrelaciones que hoy se denominan de integración, tratan de unificar países que internamente no están suficientemente integrados y que, por lo mismo, desde ese punto de vista son naciones débiles, fáciles de fragmentar por la lógica del capital transnacional. En este orden de cosas, la regionalización que impulsara la CEPAL desde los años 90, se manifiesta entre los países, pero también dentro de ellos, lo cual genera, potencialmente, conflictos que incentivan los problemas de frontera que ya acumula América Latina a través de su historia.<sup>5</sup>

La tendencia a la globalización de la vida económica y política y, con ello, de las relaciones internacionales que hasta hace poco eran esencialmente interestatales, ha generado un recurrente cuestionamiento con respecto a la virtual pérdida de poder del Estado-nación. Este ha sido, hasta ahora, uno de los tipos de organización social y uno de los componentes más importantes del sistema mundial, pero ya se han planteado hipótesis sobre su reforma y eventual superación. Dentro de las hipótesis, se manejan las del Estado (macro) región, de Zaki Laidi; el mega-Estado, de Peter Druker; el Estado-red, de Manuel Castells; el Estado neo-medieval, de Hedley Bull; el Estado

posmoderno, de Robert Cooper, y el Estado (micro) región.<sup>6</sup>

El problema de la regionalidad se relaciona con la propuesta del Estado (micro) región; de ahí la problemática que presenta para la nación en América Latina y para los Estados nacionales de hoy. En este caso, se refiere a las regiones internas de las actuales naciones. Se trata de regiones cuya capacidad productiva constituye el «motor» o la «locomotora» de la economía del país, las que verdaderamente generan el desarrollo y el crecimiento, mientras el resto es arrastrado por ellas.

Con este tipo de Estado, las regiones se interconectarían entre sí, independientemente de las políticas de su gobierno central, que solo lo entorpecería con su burocracia. Sobre las condiciones que podrían favorecerlo, en el caso de América Latina, se señalan como ejemplos el NOA (noroeste de Argentina), que se conecta con Chile, Bolivia y Perú, buscando salida al Pacífico y al mundo asiático; el NEA (nordeste de Argentina), conectado con Paraguay, Brasil y Uruguay dentro del marco de MERCOSUR; y la región patagónica sur, la que, a través de Chile, conecta, el Atlántico y el Pacífico, por ruta.

También en Chile, la zona franca de Iquique (ZOFRI), conecta a MERCOSUR con el mundo asiático y del Pacífico e igualmente en Brasil, la Zona Franca Industrial, que vende al mundo.<sup>7</sup> De tal suerte, si en otras de las hipótesis el despojo de los atributos del Estado-nación es por arriba, como en el Estado (macro) región, o en forma piramidal, como en el mega-Estado, aquí el mencionado despojo es por «abajo» y por los «costados».<sup>8</sup>

Pero lo cierto y constatable es que en nuestros días los Estados nacionales primermundistas conservan sus papeles hegemónicos con respecto al resto del mundo. Como estrategia, la globalización la diseña el capitalismo avanzado, y este aspira a hacer desaparecer los Estados nacionales y las naciones del Sur, en beneficio de aquellos. Los del Sur, en particular los latinoamericanos, resultan ya sustituidos, en parte, pero en cuestiones centrales, por las transnacionales, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Ello explica por qué hoy casi nadie duda de que, en buena parte de América Latina, el ámbito de acción de los Estados es algo bien difícil de precisar.

De manera que no son solo las condiciones latinoamericanas de ayer, sino las contemporáneas, las que demandan la necesidad de reflexionar sobre la experiencia y la situación actual, las que exigen partir de una integración de dentro hacia afuera, contrarias a lo que pretende la globalización neoliberal que propone Occidente, cuya variante es globalizar de afuera hacia

dentro. Lo segundo significa otorgarle un peso importante a la integración nacional, esto es, a la solidificación de las estructuras y regionalidades subnacionales. En todo caso, se trataría de simultanear esa integración interior, con el proceso integrativo, en incesante crecimiento entre las diferentes naciones latinoamericanas, lo cual sería un camino propio. De ahí nuestro llamado a asumir como objeto de reflexión, debate y base de estructuración de un correlato auténticamente latinoamericano, el problema de la regionalidad, el regionalismo, la identidad y la nación, centrando la atención en la necesidad de entender esta última desde la regionalidad y sus especificidades latinoamericanas. Pero, región y nación, ¿desde cuál perspectiva científica?

### **Entender y legitimar la regionalidad y la nación en América Latina**

En el ámbito intelectual, el problema de la regionalidad y de la nación en América Latina no es nuevo, ni un correlato de la complejidad del momento actual. En ambos casos, existe ya una tradición de pensamiento en esta parte del mundo, aunque con diferencias y puntos de vista polémicos. Por tanto, habría que considerar ese precedente y plantearse la problemática a tono con los tiempos que corren, no solo por ser un imperativo de nuestra época, sino también de la propia ciencia.

Para examinar y replantearse ambas instancias, la noción del espacio es básica.<sup>9</sup> Si las relaciones sociales se generan por los vínculos inagotables que establece el hombre, con la tierra de por medio, son ellas las que a la postre justifican la aparición de un criterio de semejanza que, como dice Alisa Delgado, «proyecta una imagen en el ámbito social que refleja que esos hombres asumen y comparten un mismo mundo significativo».<sup>10</sup> En orden de aparición, las resultantes de esos fenómenos de interacción hombre-medio y hombres-hombres, se producen de los espacios menores (regiones y localidades) a los mayores (nación, espacio latinoamericano, por ejemplo). De tal suerte, el estudio, la divulgación y la comprensión del resorte identitario permiten reconocer las riquezas y potencialidades que pueden aportar los regionalismos históricos y las aristas que pueden favorecer el incremento de la intervencionalidad a escala de los pueblos.

Una de las expresiones particulares de América Latina se encuentra en esos planos de la regionalidad y el regionalismo de tipo histórico, así como en la conformación de la nación. En ella existe un tipo de regionalidad —que desde esa perspectiva remite a la cualidad de ser de una región histórica—, sea por debajo

o por encima de las naciones actuales, que constituye la base de un regionalismo de igual signo; es decir, no el que se asume en sentido peyorativo cuando se refiere a las limitaciones en los respectivos procesos de formación nacional; tampoco el que se arguye cuando se trata de los proyectos de integración económica, sino aquel que se manifiesta como sentido de pertenencia y de identificación cultural y consciente, que grandes grupos de personas desarrollan con los espacios en los cuales se desenvuelven sus vidas.

En el llamado Nuevo mundo, ambas cualidades, regionalidad y regionalismo, preceden a la conquista. La total autonomía de los sistemas locales, el aislamiento de las comunidades indígenas y la existencia de una red urbana en los imperios más evolucionados —a lo cual también contribuían las diferencias del medio en una vasta extensión físico-geográfica— deciden, en principio, las particularidades espaciales. Dichos espacios, conformados desde el punto de vista económico, social, político y cultural, con centros jerarquizadores delimitados (Tenochtitlán, en México; el Cuzco, en la cultura incaica; Ichcaanzihó como centro maya; Ixinché, Teusaquijo, Quito; y otros), se aprovechan e incorporan por la fuerza al proceso de conquista y colonización de estas tierras,<sup>11</sup> provocando un poblamiento por superposición y una reconfiguración de territorios. Esto último porque a esa base regional, con reflejos identitarios a escala de mentalidades, se le incorpora la que traen los conquistadores como emisores de un imperio profundamente segmentado en el orden espacial, y que, en realidad, se erige en nación, con bastantes anomalías, luego de la colonización de América.

Esa regionalidad y ese regionalismo, dramáticamente interrelacionados con la dependencia, han tenido mucho que ver con la evolución posterior del espacio latinoamericano, en particular los territorios nacionales: sociedades coloniales en las cuales se instauró, a través de un proceso ciertamente traumático, un capitalismo de tipo periférico, atrofiado y con una dependencia acentuada del mercado mundial capitalista, en el que también la secuencia histórica de los procesos de formación nacionales difieren de los modelos clásicos, no solo por su evolución económica, sino también por su aspecto cultural, idiosincrásico y étnico.

De esa base parten rasgos de larga duración que tipifican este escenario y se expresan en los fenómenos de identidad en su manifestación de escala: identidades locales y regionales a nivel subnacional actual, identidad nacional, y lo que puede considerarse como «identidades internacionales», a la manera de decir de Antonio Gaztambide,<sup>12</sup> aunque desde nuestro punto de vista para nada ambiguas, al menos en el caso de América Latina.

Se trata de hacer una historia regional más contributiva que vaya a la búsqueda de la solución de los problemas estructurales de las regiones históricas y las naciones actuales, que contribuya, sobre todo, a la unidad nacional que tanto se requiere para construir proyectos alternativos para nuestras sociedades.

En la mayoría de los países latinoamericanos, el Estado Nacional de carácter oligárquico se antepuso a la conformación y maduración de las naciones.<sup>13</sup> Esta es una peculiaridad que ha complejizado el debate sobre la nación en los medios académicos latinoamericanos y en los europeos, estos últimos por su interés en América Latina desde los años 60 del pasado siglo. Sumamente recurrente ha sido el esfuerzo por encasillar la historia nacional latinoamericana en los modelos clásicos del viejo continente: a) aquel que sigue una tradición iniciada en el siglo XIX por Ernest Renan, que privilegia los elementos subjetivos en la formación de la nación y que, con variaciones dirigidas a explicar, más que todo, el nacionalismo, el papel del poder, la educación y otros elementos, ha ofrecido nuevas, sugerentes e importantes reflexiones al respecto. Esta línea la continúan otros en lo sucesivo, hasta sus expresiones más modernas en Bourque, Anderson, Wallerstein, Hobsbawm y Gellner,<sup>14</sup> y b) aquel que sigue una tradición iniciada igualmente en el siglo XIX y principios del XX por el marxismo, pero que extrayendo solo una parte de los aportes de Marx, Engels, Lenin y Stalin,<sup>15</sup> le da continuidad enfatizando únicamente en los elementos de tipo objetivo y, en cierta medida, estrictamente económicos, considerando que, en especial, el primero y Lenin, se concentraron más en dichos elementos. También, en la mayoría de los casos, trasplanta modelos de análisis marxistas sobre Europa a la realidad latinoamericana, como hicieron algunos estudiosos del otrora campo socialista, particularmente los soviéticos, a partir de los años 60 y, en cierta medida, otros especialistas más contemporáneos como Suren Kaljatchian.<sup>16</sup>

En la actualidad, y como parte de la crisis mundial de las ciencias sociales y de los paradigmas científicos, situación en la que el marxismo es el más fuertemente incriminado, las vías de análisis predominantes son las de la subjetividad, en detrimento de la necesidad de asumir una visión holística del fenómeno.

La influencia de los referidos esquemas de análisis ha traído como resultado la insuficiencia de un examen verdaderamente objetivo y dialéctico del proceso de formación nacional en América Latina, la absolutización de elementos aislados en los respectivos enfoques y, por supuesto, la insuficiencia de fundamentos científicos.

Se han manifestado algunos extremos en una visión abstracta de la nación, en tanto no son pocos los que han llegado a la conclusión de que esta no existe en América Latina, o no se ha terminado de conformar. Ese presupuesto resulta de nefastas consecuencias para los pueblos y la intelectualidad. Con razón, el profesor Patricio Cardoso ha escrito: «si la conciencia nacional no se logra desarrollar plenamente en América Latina, es por la hegemonía de un pensamiento que presenta a la nación como abstracción, o como proyecto débil e inacabado».<sup>17</sup>

Otro extremo se manifiesta en la absolutización de determinados fenómenos o procesos, que en la mayoría de los casos constituyen cualidades adquiridas por la nación, como el Estado nacional y su papel, la regionalidad, la identidad regional y el regionalismo, cuyos funcionamientos o existencias respectivas se utilizan muchas veces como argumentos para negar la nación. Todo ello también aparece vinculado a las confusiones terminológicas entre nación, nacionalismo, Estado nacional, nacionalidad y otras.

El hecho de que el Estado nacional haya precedido a la maduración de la nación en buena parte del mundo latinoamericano, no significa que ella no haya existido, ni que los proyectos nacionales, en pugna durante el período de formación del Estado, se hayan propuesto la integración de territorios que hasta ese momento nada tenían que ver entre sí. En definitiva, en cualquier escenario el Estado nacional, como instrumento jurídico y político de organización de una sociedad, constituye un elemento muy importante en la cohesión del espacio nacional y, obviamente por los mismos intereses de clases que legitiman a través de su proyecto, son impulsores de la nación, con todas las debilidades, contradicciones e insuficiencias que pueden surgir o consolidarse.

Ciertamente, su formación está ligada a los problemas del desarrollo de las nacionalidades y de las naciones; pero constituye un momento, un alto, en un proceso cuyos componentes interactúan dialécticamente en el devenir histórico. Ello no niega que la otra cara de la cuestión nacional, como ha escrito Omar Díaz de Arce, está dada por las relaciones de dominación y de clase en sus vertientes interna y externa, que gravitan

sobre la sociedad y que comprenden, por ejemplo, la lucha por la independencia y el establecimiento del Estado nacional. Pero la existencia de este último no es precedente imprescindible para la integración de la nación, sino un paso decisivo en dicho sentido.<sup>18</sup>

Aunque algunos intelectuales han referido la insuficiencia del proceso histórico latinoamericano durante el siglo XIX, en vistas de que no se logró la nación latinoamericana luego de la independencia, lo cierto es que el propio devenir histórico determina la emergencia de varias naciones, débiles en gran parte, y no de una integrada. Los gérmenes de las naciones latinoamericanas, con sus afinidades a escala continental, surgen desde etapas tempranas de la sociedad colonial y comienzan a madurar justo poco antes de la independencia. Entre otros factores, ello se produce por las diferencias regionales, los efectos de las diversas estructuras político-administrativas, las luchas contra las tradiciones indígenas o su asimilación, el mestizaje o el grado de homogeneización étnica y su contrapartida, los efectos de la estratificación en castas y las cuestiones ideológicas y culturales.

La idea de que el Estado es más nacional mientras más se identifica con la nación, es válida también para América Latina; pero ya esto alude a la gradualidad de la coherencia entre nación y Estado, de acuerdo con la otra cara de la cuestión nacional antes referida, no con su existencia en sí misma, porque en la nación moderna

los elementos materiales y las características culturales, en general, de un pueblo [...] aparecen desarrollándose hasta dar como resultado un tipo completamente diferente de comunidad: la comunidad nacional. Comunidad que aparece asociada a nuevas formas de dominación política, de vida económica y de experiencia cultural, pero la mayor de sus características es su forma original, dados los supuestos elementos comunes básicos.<sup>19</sup>

La existencia de la regionalidad, el regionalismo y la identidad regional no pone en entredicho la nación —aun en países como México, Argentina o Venezuela, donde esos fenómenos tienen una connotación relevante—, aunque sí pueden resultar, como lo han sido, anomalías, insuficiencias o disfuncionalidades de la nación en sí. Por lo general, esas diferencias regionales no han sido resueltas por los proyectos nacionales en curso, y no se han percibido con un sentido integrador, como potencialidades de la nación misma. Han actuado, en consecuencia, más como disensiones que como complementos.

No pocas veces ello ha derivado en que los procesos con base regional subnacional se conviertan en bandera de las sociedades regionales, en contra de la explotación o centralización del poder, en beneficio de las élites capitalinas respectivas y en perjuicio de las regiones periféricas, las élites regionales y las mayorías. Sin

embargo, sigue resultando muy atinada en ese sentido, la reflexión de Kaljatchian cuando critica la absolutización de la regionalidad y del regionalismo, que lleva a algunos historiadores a negar, por ejemplo, a la nación mexicana, en tanto ven en la nación solo mentalidad, obviando los vínculos económicos entretejidos a lo largo del tiempo. Por ello, insiste en que «la nación no es un conglomerado de partes, sino la unidad de su esencia y existencia».<sup>20</sup>

Lamentablemente, esta última concepción ha sido menos difundida, a pesar de tener una claridad meridiana. No obstante, se ha ido fomentando como una nueva tradición en el pensamiento latinoamericano, relacionada con una vertiente renovadora del marxismo y la cuestión nacional. Parte de una posición crítica con respecto a los presupuestos que la preceden en cuanto al tema.

La nueva vertiente —a la que corresponde la postura de Patricio Cardoso, la de los cubanos Enrique López Mesa,<sup>21</sup> Jorge Ibarra,<sup>22</sup> la de la autora de este texto, y otros—, insiste en la necesidad de percibir la nación sin absolutizar aspectos de una u otra área (objetiva o subjetiva), sino en una constante y real interrelación. También enfatiza el papel de las clases, las contradicciones internas y el Estado nacional, entendiendo que la nación es la forma de integración superior de una sociedad, en términos económicos, políticos, ideológicos y culturales, aun con sus diferenciaciones regionales y sus contradicciones internas, y en la cual el Estado nacional constituye el instrumento político y jurídico que garantiza y regula las relaciones intra e internacionales.

Si el grado de cohesión interna identifica y determina a la nación moderna, las diferenciaciones y problemáticas regionales no resueltas constituyen una anomalía dentro del proyecto nacional en curso. Hay que entender la nación desde su regionalidad, aunque no únicamente desde ella. Sucede también que la historia nacional que se ha enseñado en la mayoría de los países latinoamericanos generalmente ha tenido un enfoque capitalino, lo que obvia el peso de sus regiones. ¿A qué se debe esto y qué trascendencia tiene para los pueblos?

La tradición de ese tipo de historia en América Latina se inicia desde el siglo XIX, en dos vertientes principales: de un lado, el liberalismo económico de esa centuria, unido a las posturas políticas de refrendar y gobernar en nombre de supuestas naciones homogéneas, a partir de los centros de poder ubicados en las capitales; lo cual, por supuesto, se refleja en la producción historiográfica de la época. Además, el esfuerzo de la izquierda latinoamericana por demostrar la viabilidad de la integración y la existencia de una llamada «Nación latinoamericana» como sueño no

realizado, pero posible, también ha contribuido, en cierta medida y sin proponérselo, a dicha visión limitada. Su postura, en principio, es legítima en cierta parte de sus fundamentos generales y en cuanto a su finalidad, pero ha llevado a no pocos intelectuales a afirmar tres cosas igualmente falsas: una, que en América Latina las verdaderas unidades históricas o naciones, corresponden al periodo colonial; otra, que es una unidad cultural y lingüística —por tanto, las actuales naciones no lo son en realidad—; y, por último, que el imperialismo es el causante de que las verdaderas naciones, las de la colonia, se hayan dividido luego de la ruptura del «pacto colonial».

Con esa proyección se han escrito obras importantes, sobre todo desde los años 50 del pasado siglo, entre las cuales se encuentran las de Jorge Abelardo Ramos<sup>23</sup> y Juan José Hernández Arregui,<sup>24</sup> por nombrar dos casos. Para Arregui, por ejemplo, Centroamérica —una especie de corredor geográfico que engarza el norte latinoamericano (México) con el sur—, nunca ha dejado de ser nación. Sobre esa base, considerando a esta gran región como una llave, propugna su integración con México y las Antillas, en tanto las tres son una sola entidad geopolítica y, además, porque en ninguna parte de América Latina ha permanecido tan latente la tendencia a la unidad como en esta «nación». El referido autor argumenta que

uno de los motivos [...] del olvido deliberado del período virreinal, por parte de la historiografía de las oligarquías, ha respondido al plan oculto de hacerles perder a estos países el recuerdo de la primitiva unidad, bajo el dictado de los intereses extranjeros, suplantados por nacionalismos enfermos sin fundamentos geográficos reales.<sup>25</sup>

A mi modo de ver, la construcción de estos discursos se basa en una percepción idílica de la unidad latinoamericana. La solución integracionista latinoamericana, proyecto que todos los que estamos en la izquierda compartimos, no debe basarse en la negación de las naciones actuales y menos en la pretendida homogeneidad —de ahora ni de entonces— de América Latina. Como nunca antes, hoy la nación —en una América Latina subdesarrollada, tercermundista y amenazada por la avalancha de una globalización neoliberal, no solo en el ámbito económico sino también cultural— constituye una trinchera. Los estudios regionales y generales no deben pasar por alto esa realidad de nuestro tiempo.

Resulta importante lograr una cierta convergencia en cuanto a la unidad en la diversidad y el conocimiento de nuestras realidades regionales, subnacionales y supranacionales. Realidades que se remontan al periodo precolombino, como se ha dicho, y que adquieren nuevas cualidades luego de la conquista, cuyos resultados

influyen sobre aquel proceso que no pocos llaman «desarrollo protonacional». El impacto de este último explica la creciente diferenciación durante el transcurso de la independencia. Los tan llevados y traídos «intereses regionales», y la política de los imperialismos, vistos como fomentadores de la supuesta «balcanización de América», «fraccionamiento de América» o «separatismo de América» —en particular, cuando no se dice América, sino Centroamérica, por ejemplo—, tienen una base objetiva que no ha sido investigada suficientemente, cuestión que va siendo, en alguna medida, superada con los estudios regionales de las últimas décadas.

Entre los componentes que pueden tomarse en consideración para argumentar la objetividad de esas diferencias regionales, se pueden contar los siguientes: aislamiento mutuo de las regiones, diferente desarrollo y orientación económica de las principales, estructura social dependiente de las condiciones encontradas y de lo específico de la economía colonial, diferentes condiciones étnicas en las regiones, influidas tanto por la diversidad de población indígena y el grado de la inmigración, como por el volumen de la mano de obra esclava importada. También el impacto formativo y normativo de las entidades político-administrativas, sobre todo el papel de las Audiencias como fuente de futuros territorios «nacionales», y los rasgos de una diferenciación cultural o mental hasta el nivel lingüístico.<sup>26</sup>

Vale la pena llamar la atención hacia el significado del debate sobre la nación y su relación con la historia regional latinoamericana, toda vez que en una específica regionalidad descansa la nación de que se trate. Si los problemas regionales no se han resuelto en el continente, ello se debe, entre otras razones, a que, ni en la práctica ni en la historiografía que ha predominado durante mucho tiempo, se han reconocido y tratado esas diferencias.

Al realizar un bosquejo sobre la identificación entre regiones y naciones a lo largo de la historia de América Latina, se percibe que, durante el lapso desde la crisis de la divisoria de los años 20 y 30, hasta los 50 del siglo xx, por primera vez en este lado del mundo se observa una mirada hacia el interior de los territorios nacionales, desde el poder. La nación determina el centro del quehacer del Estado y se intenta integrar a las mayorías dentro del proyecto nacional. Ello se produce en un contexto en el cual, debido a la complejidad de la crisis mundial capitalista y la Segunda guerra mundial, se verifica un relativo distanciamiento de las metrópolis y la creación de las burguesías y proletariados industriales se acompaña con esfuerzos por legitimar la creación de un «Estado de bienestar».

Es la época de una amplia vitalidad de los nacionalismos revolucionarios y los populismos de Getulio Vargas en Brasil, Juan Domingo Perón en Argentina y Lázaro Cárdenas en México; los esfuerzos por sustituir importaciones e inducir un desarrollo industrial desde dentro; intentos estatizantes en sectores de la economía; de ampliación de la red de transportes; política de descentralización regional; ampliación del mercado interno; de conciencia acerca de la problemática regional, y fomento de polos de crecimiento, con serios intentos de romper el esquema histórico de estructuración espacial. Pero como en América Latina este problema se acompaña invariablemente de la dependencia estructural y de la formación atrofiada del capitalismo, el problema regional en el interior de las naciones resulta algo sumamente complejo e imposible de resolver en una coyuntura. Requiere de una atención permanente y una profunda vocación democrática en los impulsores.

No es casual entonces que los estudios regionales hayan encontrado un terreno fértil en este escenario, sobre todo desde los años 60, a partir de los estudios del mexicano Luis González y González, y también de especialistas en geografía económica, economía regional y antropología, algunos vinculados a los proyectos cepalianos de entonces, centrando la atención en regiones y localidades a nivel subnacional. Entonces se proponía una regionalización que atendiera el asunto a esa escala, en función de lo cual no pocos gobiernos comenzaron a darles impulso a determinados proyectos de ese tipo.<sup>27</sup>

Los análisis regionales, desde cada especialidad, respondían a las demandas de las regiones y también las contradicciones con los proyectos nacionales vigentes. Asimismo, con sus resultados, los «regionalistas» imponían un replanteamiento de las respectivas historias nacionales que, casi sin excepción, habían desconocido o subvalorado esa cuestión y continuaban presentando un enfoque capitalino de consecuencias negativas en el orden formativo y también práctico, en tanto posibles bases de un desarrollo en función de la nación. De entonces a la fecha, las vías de acceso a lo regional han respondido generalmente a tres tipos de intereses académicos: los estudios de la región por interés y en función de la región misma, es decir, la región como totalidad, sea en enfoques integrales o sectoriales; los que, desde el estudio nacional, se acercan a la región para confirmar, ampliando, o para refutar cualquier tesis de la historiografía nacional; y los que deciden estudiar aquellos elementos clasificados dentro de la «intrahistoria» en un espacio regional subnacional.<sup>28</sup>

Pero no pocos trabajos, desde una u otra vertiente, han pretendido exaltar todo lo regional rechazando de plano cualquier pertenencia a su conjunto mayor, la

nación. Cuando más, sin pretenderlo propiamente, ciertas debilidades han provocado que muchas veces se perciba como infértil —dados los tantos particularismos— el estudio de cualquier problemática desde la óptica nacional. En esto último tienen responsabilidad tanto la avalancha de estudios regionales que se mencionan, como prácticas de estudio de lo nacional que continúan reproduciendo los modelos de enfoque de la historiografía tradicional. De hecho, ya hoy en muchos de nuestros países es más amplio el grupo de los estudiosos de lo regional que el de los interesados en lo nacional.

El estudio regional —cualquiera que sea la óptica del estudioso— brinda una serie de ventajas incuestionables: resulta un marco ideal para realizar historias comparadas, permite abarcar con más facilidad y mayores posibilidades interpretativas la evolución de una microsociedad, por lo general tiene mayores posibilidades desde el punto de vista de las fuentes documentales, propicia la solución de algunas dificultades de la historiografía tradicional, contribuye a fomentar sentidos de pertenencia, etc. Sin embargo, resulta importante reconocer, haciendo un balance de los resultados alcanzados, que generalmente adolecen de limitaciones comunes, de amplia trascendencia científica y política, sobre todo en las circunstancias de hoy.

Entre las principales limitaciones se encuentra el descuido de las relaciones jerárquicas entre lo singular y lo general. Muchas veces se asume el estudio de una región con una dimensión que no corresponde a su verdadera esencia y finalidad, y se exageran las posibilidades de la regionalística, lo cual conduce generalmente a un excesivo provincialismo. Esto último se ha criticado en no pocos eventos internacionales; sin embargo, continúa siendo una práctica común. También lo limitan el abordaje de asuntos o de períodos demasiado estrechos; el desconocimiento entre los límites de lo regional y lo nacional; la subvaloración de la necesidad de vincular la problemática regional con sus conjuntos de pertenencia mayores: las macrorregiones y la nación; y con el problema del subdesarrollo y de la existencia de regiones internacionales marginadas, entre otras.<sup>29</sup>

Es cierto que dedicarse al estudio de una región puede ser similar al de una nación determinada, en el sentido de la multiplicidad de aristas que se deben considerar para entenderlas. Los referidos estudios resultan muy útiles cuando cumplen requisitos de la regionalística latinoamericana contemporánea. Pero habría que preguntarse si la labor, no del aficionado, sino del intelectual latinoamericanista, debe detenerse ahí. Igualmente es real que el modo en que se conforma

una región histórica, en tanto comunidad cultural, es el mismo que da lugar a la nación. Para referirse a los fenómenos identitarios y al nivel de cohesión que puede alcanzar la región histórica, Lucien Febvre utilizaba la categoría de «nacionalidad provincial», y Pierre Vilar agrega que tal concepto debería entenderse como nación en potencia, fundamento posible de una nación, cuya historia confirmará, o no, la cristalización decisiva, la capacidad de erigirse en Estado.<sup>30</sup> Solo que, desde mi punto de vista, eso es válido para un momento histórico, el de las formaciones nacionales, porque una vez constituidas estas y erigido un Estado nacional, dichas regiones se integran al cuerpo mayor, con todas las imperfecciones que pueda tener esa integración.

Por otra parte, cabría preguntarse a quiénes respondería o convendría semejante fragmentación, en los tiempos de hoy. Jalisco, por ejemplo, una de las regiones más maduras de México, si llegara a segmentarse de la nación mexicana y constituyera su propia organización estatal nacional, sería, por supuesto, independiente del Distrito Federal y del resto de México, ¿pero resolvería el problema de la dependencia frente a los amos de la globalización neoliberal, del FMI, del Banco Mundial? Se puede coincidir en que se acentuaría su dependencia. Por ello insisto en que —por lo menos en cuanto a la nación en América Latina y en cuanto a la pertenencia a lo latinoamericano— no se trata de insistir a ultranza, más allá de lo permisible en términos de objetividad científica, en las diferencias; sino de comprender los procesos y contribuir a sedimentar las pertenencias a lo pequeño y a lo grande de lo cual se forma parte. Nada se gana hoy con lo contrario.

En esto de seguir los pasos a los paradigmas de análisis europeos y norteamericanos, dos ejemplos pueden sugerir una reflexión. En lo que se refiere a los estudios regionales, se ha manifestado preocupación, en algunos eventos internacionales de esa especialidad, en cuanto a que a los latinoamericanos nos pueda suceder lo que a otros países: la acentuación de los nacionalismos internos e incluso del odio entre los pueblos de algunas naciones, al cultivar una historia regional con las debilidades que antes se consideraron. Pero diría que un peligro importante está en la producción de estudios regionales y locales que solo aportan al ideal de los habitantes de la región para conocerse a sí mismos, para recrear un personaje histórico o un suceso importante. Y esto no es una elucubración sobre lo que puede ocurrir; es lo que, en no pocos casos, está ocurriendo ya.

El otro ejemplo trata sobre la cuestión nacional. Desde la década de los 70, Eric Hobsbawm se ha referido al período de la «fabricación de naciones» en el mundo, fenómeno que, según él, se produce desde

la onda revolucionaria de 1848 en Europa. Uno de los casos que usa para fundamentar su tesis, es el de la Italia de 1860, en la que solo 2,5% de la población hablaba italiano.<sup>31</sup> Situación parecida se confirmó en la Francia de 1872, donde solo 6% de sus habitantes hablaban francés. Años más tarde, el eco parece revelarse en América Latina cuando se afirma que entre 1880 y 1900, no más de 7% de los mexicanos entendían el español.<sup>32</sup>

## Reflexiones finales

Debe quedar claro que aquí no se está abogando por la ocultación de las diferencias; tampoco por evitar tratar asuntos espinosos, dada la implicación política que puedan tener. Lo que se argumenta es la necesidad de acercarse a las ciencias sociales —en este caso a la Historia—, con el sentido de responsabilidad y compromiso que ellas demandan del intelectual latinoamericano comprometido con los destinos de los pueblos. Con suma pertinencia se ha dicho que «la medición del valor de los intelectuales latinoamericanos debe hacerse mediante la interrogante ¿qué es lo que aporta su obra a la emancipación de América Latina?». <sup>33</sup> Para lograrlo, además de otras cualidades, es preciso cuidar de no reproducir acríticamente modelos de análisis, sino nutrirse de lo mejor de los aportes en el ámbito universal y aplicarlos de manera creadora y constructiva a la realidad latinoamericana. Esta realidad también produce teóricos brillantes, aun cuando, en el mundo intelectual, el lastre de lo que llamo «mentalidad colonial» nos conduce muchas veces a seguir percibiendo lo mejor y más novedoso del pensamiento en metrópolis de otro tipo.

En mi opinión, no resulta constructivo, ni políticamente prudente continuar ofreciendo una avalancha de estudios sobre peculiaridades exclusivas de una región o localidad, con el estilo predominante hasta ahora, por varias razones. La primera es que no responde a la realidad histórica de los relacionamientos. Esto no es nuevo. Desde los años 80, especialistas como Rofman critican que en ciertos trabajos de análisis regional se suele exponer la falacia del «dualismo estructural» para referir las distancias entre los polos de crecimiento y las regiones periféricas, cuando en realidad las regiones con desigual tipo de desarrollo, que coexisten en un espacio nacional, no están desconectadas entre sí. Por el contrario, están interconectadas en el interior y el exterior de la nación, ya que cada subespacio cumple una función de acuerdo con la estructura de poder dominante. Por tanto, el comportamiento de cada subárea no puede ser analizado de forma aislada,



Una de las prioridades debe ser la de atender los fenómenos regionales e identitarios de las naciones actuales, promover reformulaciones a los proyectos nacionales que imbriquen ambas perspectivas, de manera que, al menos esta vez, no se tome conciencia del problema cuando se haya agotado la coyuntura histórica que ahora permite hacerlo.

sino que debe ser interpretado como parte de una entidad única: la nación.<sup>34</sup>

Por otro lado, el estudio regional que se necesita debe promover un enfoque lo más transdisciplinario posible, especialmente con la geografía, la economía, la sociología y la antropología, que permita aprehender una realidad verdaderamente compleja y sistemática. Además, el examen de la región, únicamente por y para ella misma, no responderá a los imperativos de la modernidad actual si no se parte de un cuestionamiento acerca de su presente y si este no va acompañado de una visión prospectiva y una tentativa de solución de las dificultades de ese espacio. Es necesario abocarse al estudio de lo regional de una manera consciente, en el sentido de descubrir su relación o no con lo nacional en determinado período, y las causas de esos fenómenos. El estudio de las partes sin su interrelación con el todo no conduce, ni científica ni políticamente, a un corolario que tribute a las necesidades de América Latina.

Se trata, por tanto, de hacer una historia regional más contributiva, que vaya a la búsqueda de la solución de los problemas estructurales de las regiones históricas y las naciones actuales, que aporte elementos para promover el respeto a la democracia, la pluralidad, la identidad regional y la regionalidad misma; y contribuya, sobre todo, a la unidad nacional que tanto se requiere para construir proyectos alternativos para nuestras sociedades.

Respecto a la cuestión nacional, es preciso promover el estudio y la reflexión del proceso, desterrando el enfoque capitalino, indagando en los diversos grados de cohesión interna, o de desconexión cuando se presentan, y también eliminando las confusiones analíticas que cuestionan la nación por la existencia de contradicciones internas, expresadas en luchas de clases, proyectos nacionales alternativos o por la presencia de la regionalidad y el regionalismo.

Ambas posiciones deben contribuir a distinguir las situaciones diferenciales de sociedades nacionales que aún tienen cuestiones regionales no resueltas; aquellas que no incluyen, en sus proyectos nacionales en curso, la atención a los problemas regionales, o aquellas que, de acuerdo con la evolución de la sociedad y de las

peculiaridades de los actuales procesos de integración y globalización, pueden abrigar potencialmente nuevas conflictividades regionales, como son los casos enunciados al principio, con respecto a Brasil, Chile y Argentina. De cierta manera, aunque desde otro contexto, estas emergencias se han reconocido en estudios sobre el problema de la dependencia o sobre la formación regional en América Latina,<sup>35</sup> pero han tenido poco impacto, hasta ahora, en la elaboración y conducción de las respectivas políticas nacionales y regionales.

Tal como sucedió en épocas pasadas —de ahí la validez de la experiencia y la conciencia históricas en sus funciones demostrativa y educativa—, en el nuevo recambio mundial esta parte del mundo marcha a la zaga en lo económico y lo tecnológico; por tanto, debe crear sus propias reglas de acuerdo con sus especificidades. Sin duda, una de las prioridades debe ser la de atender los fenómenos regionales e identitarios de las naciones actuales, promover reformulaciones a los proyectos nacionales que imbriquen ambas perspectivas, de manera que, al menos esta vez, no se tome conciencia del problema cuando se haya agotado la coyuntura histórica que ahora permite hacerlo. He ahí algunos de los principales desafíos de las naciones latinoamericanas y de América Latina en su conjunto, en los tiempos de la globalización.

## Notas

1. Por la diversidad de usos del concepto de región, que constituye la matriz de los elementos mencionados, vale la pena aclarar que aquí se usa en el sentido de región histórica como totalidad, la cual puede tener una manifestación subnacional o transnacional, aunque la regionalista latinoamericana lo usa habitualmente para el primer nivel. Véase Ivette García González, *El proceso de formación de la región histórica de Baracoa*, Tesis de Maestría, La Habana, 2000, p. 1, [inédito].

2. Alejandro Serrano, «En busca de la nación», en *Memoria: Política, cultura y sociedad en Centroamérica. Siglos XVIII-XX*, UHNCA-UCA, Managua, 1998, p. 4.

3. Una amplia referencia sobre este proceso en América Latina y particularmente en países como Argentina, México, Colombia,

Venezuela y Brasil, puede encontrarse en Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1969, p. 190.

4. Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Alianza Editorial, Madrid, 1997. Incluso algunas posturas defendidas por figuras de centroizquierda en el continente tropiezan enseguida con tres mecanismos estructurales, resultados de la evolución histórica propia y de la hegemonía primermundista: la fuga de capitales, el intercambio desigual y la deuda externa.

5. Un detenido análisis acerca de este problema desde el siglo XIX y su repercusión en la formación de los Estados nacionales en América Latina, así como en las relaciones entre ellos, puede encontrarse en la obra de Charles C. Griffin, *El período nacional en la historia del Nuevo Mundo*, México DF, 1962, pp. 72-3.

6. Un análisis de cada una de esas hipótesis de trabajo puede encontrarse en el artículo de Luis Dallanegra Pedraza, «Tendencias del orden mundial: el futuro del Estado-nación», trabajo presentado en el Congreso Internacional de Administración Pública y Desarrollo Local, en el contexto de Sociedades Supranacionales, Medellín, Colombia, 19-22 de septiembre de 2000. Publicado en Internet.

7. El embajador de Brasil en Cuba, Luciano Martins de Almeida, en conferencia impartida en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García, de Cuba, explicaba un proyecto en ejecución que se aplica en Brasil, para interconectar regiones del país, a fin de garantizar la integración nacional simultáneamente con su participación en los mecanismos del MERCOSUR, a partir del reconocimiento del eventual desmembramiento nacional como resultante de una globalización desproporcionada y perjudicial para el Estado-nación.

8. Luis Dellanegra Pedraza, ob. cit., p. 12. También para examinar con profundidad esta hipótesis, véase Kenichi Ohmae, *El fin del Estado-nación*, Instituto Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997.

9. El concepto de espacio que se emplea en este trabajo es el que maneja la geografía humana y crítica, en especial el criterio de Graciela Uribe (México) y Milton Santos (Brasil), que lo comprenden como la geografía producida por las múltiples relaciones sociales, como una totalidad social, en consecuencia de lo cual toma un carácter de estructura subordinante-subordinada. Véase Graciela Uribe, *Geografía política. Verdades y falacias de fin de milenio*, Editorial Nuestro Tiempo, México DF, 1996; y Daniel Hiernaux y Alicia Lyndon, «El concepto del espacio y el análisis regional», *Secuencia*, n. 25, México DF, enero-abril de 1993.

10. Alisa N. Delgado, «Reflexiones filosóficas en torno a la identidad», en *Memorias del Evento «Crisol de la Nacionalidad»*, Bayamo, Cuba, s/f, p. 63.

11. Alejandro Boris Rofman, *Dependencia, estructura de poder y formación regional en América Latina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1974, pp. 46 y 52-3.

12. Esta noción de identidades internacionales incluye Estados-nación o territorios de una parte del globo, no todas continentales o regionales en el sentido de un grupo de Estados contiguos, algunas de las cuales son imprecisas. Para el autor, las identidades latinoamericana y caribeña son ambiguas. Véase Antonio Gaztambide-Géigel, «Identidades internacionales y cooperación regional en el Caribe», *Revista Mexicana del Caribe*, a. V, n. 9, Chetumal, Quintana Roo, Mx., 2000, p. 9.

13. Sobre esta conceptualización del Estado Nacional temprano en América Latina, como Estado oligárquico, puede consultarse Agustín

Cueva, «El Estado oligárquico», en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México DF, 1990, p. 127-64.

14. Un panorama más amplio de las derivaciones acerca de las concepciones sobre la nación en América Latina pueden encontrarse en René Patricio Cardoso, *Formación y desarrollo del Estado Nacional en Chile: de la independencia hasta 1930*, UAEM, Toluca, Mx., 2000. También en la obra de Gilberto López y Rivas, *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, Plaza y Valdés Editores, México DF, 1995; Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*, Editorial Elevación, Buenos Aires, 1947, y *Discours et conférences*, Colman-Levy, Paris, 1887; Guilles Bourque, *L'Etat capitaliste et la question nationale*, Le Press de L'Université de Montreal, 1977; Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1993; Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*, Editions La Découverte, Paris, 1988; Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Editorial Critica, Barcelona, 1991. Ernest Gellner, antropólogo neo-funcionalista, sostiene (en *Naciones y nacionalismos*, Alianza Editorial, México DF, 1991) que la nación es una estructura de integración y cohesión social que descansa en un sistema de educación escolar.

15. Carlos Marx, *El Capital*, t. III, cap. 37, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 177-8; Federico Engels, «Desintegración del feudalismo y surgimiento de los Estados Nacionales», en Georges Haupt, *Marx y Engels frente al problema de las naciones*, Península, Barcelona, 1980, p. 69; Vladimir Ilich Lenin, «Tesis para la disertación sobre el problema nacional», *Obras Completas*, t. 24, Editorial Progreso, Moscú, 1981, p. 400-4; José Stalin, «El marxismo y la cuestión nacional», *Obras*, t. II, Editorial Fundamentos, Buenos Aires, p. 298.

16. Suren Kaljatchian, *La teoría marxista-leninista de la nación y la actualidad*, Editorial Progreso, Moscú, 1987.

17. René Patricio Cardoso Ruiz, *Formación y desarrollo del Estado nacional en Cuba a partir del 1º de enero de 1959*, Tesis Doctoral, UAEM, México DF, 2000, pp. 22-3.

18. Omar Diaz de Arce, *El proceso de formación de los Estados nacionales en América Latina*, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1988, pp. 3-4.

19. René Patricio Cardoso Ruiz, *Formación y desarrollo del Estado nacional en Chile: de la independencia hasta 1930*, ob. cit., p. 21.

20. Suren Kaljatchian, ob. cit., p. 237.

21. Véase Enrique López Mesa, «Historiografía y nación en Cuba», *Debates Americanos*, n. 7-8, La Habana, enero-diciembre de 1999.

22. Jorge Ibarra, «Los nacionalismos hispanoantillanos del siglo XIX», en Juan Pablo Fussi y Antonio Níco, eds., *Vísperas del 98: orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 151-62.

23. Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la nación latinoamericana. La patria dividida*, 2ª edición, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.

24. Juan José Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional? (La conciencia histórica iberoamericana)*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.

25. *Ibidem*, p. 230.

26. Un análisis más detallado sobre esta consideración puede encontrarse en Manfred Kossok, «Unidad y diversidad en la historia de América española: el caso de la independencia», *Santiago*, n. 51, Santiago de Cuba, 1983.

Ivette García González

27. La primera obra de Luis González, que marcó un hito en la historiografía regional latinoamericana, fue *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* (publicada en México DF, en 1968), aunque más accesible ha estado su segunda edición publicada por El Colegio de México, 1972. Algunas de las obras más importantes sobre estudios regionales, desde una perspectiva geoeconómica, pueden encontrarse en Colectivo de autores, *Regiones y ciudades en América Latina*, Secretaría de Educación Pública, México DF, 1973; José L. Coraggio, Alberto F. Sabate y Oscar Colman, eds., *La cuestión regional en América Latina*, Ediciones Ciudad, Quito, 1989; Carol Smith, «Sistemas económicos regionales: modelos geográficos y problemas socioeconómicos combinados», en Pedro Pérez Herrero, comp., *Región e historia en México (1750-1830)*, Instituto Mora, México DF, 1991.

28. Un análisis bastante objetivo sobre las vías de acceso a lo regional puede encontrarse en el trabajo de Juan Pedro Viqueira, «La Historia regional: tres senderos y un mal camino», cuya primera versión se presentó en la reunión Historia regional: retos y posibilidades, efectuada en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, del 9 al 11 de diciembre de 1992, bajo los auspicios del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Sureste y del Instituto Chiapaneco de Cultura.

29. El concepto de macrorregión lo utilizo para caracterizar el espacio geohistórico que contiene varias regiones históricas con características similares entre sí, por tanto puede expresarse en un contexto interno (Cuba: occidente, centro y oriente) y externo (Circuncaribe, Centroamérica, Suramérica). Se parte de los conceptos de Hernán Venegas, expuestos en «Acerca del concepto

de región histórica», ponencia presentada en el Encuentro de Historiadores Regionales Cuba-México, La Habana, 1990. Véase Ivette García González, ob. cit.

30. Pierre Vilar, *Pensar la Historia*, Instituto Mora, México, DF, 1995, p. 103.

31. Eric Hobsbawm, *La era del capitalismo*, v. I, Guadarrama, Madrid, 1977, p. 84.

32. Véase los criterios de Ilan Semo Groman expuestos al prologar la obra de Gilberto López Rivas, ob. cit., pp. II-III.

33. Heinz Dieterich, *Identidad nacional y globalización. La tercera vía. Crisis de las ciencias sociales*, Casa Editora Abril, La Habana, 2000, p. 153.

34. Alejandro Boris Rofman, ob. cit.

35. José L. Coraggio, Alberto F. Sabate y Oscar Colman, ob. cit., pp. 23 y 24.

© TEMAS, 2003.